

## José Martí y la política exterior de la Revolución cubana

Autor: Rodolfo Sarracino

La visión de José Martí de la política exterior revolucionaria estaba condicionada por la ubicación geoestratégica de Cuba. A partir de 1889 hasta su muerte en Dos Ríos, sus acciones y la lógica de sus principios e ideas se enderezaron –cuando se hallaba aún solo, sin recursos y limitado por su condición de simple emigrante económico en Estados Unidos, vulnerable a cualquier acción represiva del gobierno estadounidense–, a la organización de una revolución en una colonia de poco más de millón y medio de habitantes, debilitada económicamente por una prolongada guerra entre 1868 y 1878, situada a sólo 90 millas de un nuevo coloso imperial, con más de 60 millones de habitantes, una industria pesada bien desarrollada y cuantiosos recursos financieros.

La posición estructuralmente frágil de la revolución se caracterizaba mejor por la paradoja de que su principal retaguardia, los más importantes grupos de emigrados revolucionarios, fuentes de financiamiento y recursos materiales para la guerra de independencia se hallaban justamente en Estados Unidos, el país que se prefiguraba abiertamente como el enemigo estratégico de los pequeños pueblos hispanoamericanos que luchaban por su libertad e independencia en el Caribe, vale decir, Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, y el pequeño Haití, que aunque originalmente francófono, se hallaba vinculado a las tradiciones liberadoras de los pueblos de habla hispana de la región.

En esas circunstancias tan adversas, en que debía neutralizar una estrategia hasta el día de hoy básicamente fundamentada en la fuerza, Martí desarrolló una política exterior para el movimiento revolucionario basado en principios éticos inmovibles, sustentados por lo mejor de la ciencia política de su tiempo y del derecho internacional, sin faltarle una aguda visión realista de la coyuntura y del curso de las relaciones internacionales, en el contexto de las contradicciones interimperialistas de su época.

En ese esfuerzo, Martí siempre tuvo presente las experiencias y enseñanzas de Bolívar, en particular acerca de la aplicación del principio del equilibrio en las relaciones internacionales. Comprendió que la viabilidad de la revolución cubana dependía, no sólo de los combates en los campos de batalla, sino de la unidad de la América hispana, frente al peligro de la expansión estadounidense en toda la América Central, el Caribe y Sudamérica, particularmente evidente a partir de 1889, con el inicio de la Conferencia Internacional Americana. Y por esa unidad luchó durante toda su vida.

Martí estudió con detenimiento las contradicciones entre las grandes potencias europeas (Inglaterra y Alemania), y Estados Unidos, que preocupaban a los estrategas navales norteamericanos y los grupos conservadores en el Congreso estadounidense. Y desde el campo de batalla en las montañas orientales, en abril de 1895, hizo cuanto pudo por recrudecerlas, con el envío de dos cartas a los cónsules de Inglaterra y Alemania, respectivamente, en las que entre otras cosas solicitaba respeto para la revolución cubana y ofrecía oportunidades comerciales y apertura para las inversiones a ambos países una vez instaurado un gobierno revolucionario.

Debe comprenderse que Martí no podía copiar servilmente a Simón Bolívar, que llegó a gobernar a un Estado plurinacional de gran extensión territorial en Sudamérica después de desarrollar su gesta revolucionaria (1813-1824), cuando las trece colonias estadounidenses estaban aún subpobladas y confinadas a la costa del Este de Norteamérica. Martí tenía que aplicar las experiencias bolivarianas creativamente, ajustándolas a las condiciones poco auspiciosas en las que él tenía que conducir su propia lucha, en la que sobresale su persuasiva campaña contra la pretensión hegemónica de la burguesía industrial y financiera de Estados Unidos desplegada desde las páginas de diarios influyentes como *La Nación* de Buenos Aires y *El Partido Liberal* de México, que culminara en su nombramiento como cónsul de tres países sudamericanos –Uruguay desde 1887, y Argentina y Paraguay desde 1890.

Estas designaciones le proporcionaron cobertura consular para sus actividades revolucionarias y la representación de tres estados sudamericanos. Desde su triple nombramiento, aún en aquellos días poco usuales, Martí pudo moverse con mayor libertad bajo protección consular, durante al menos quince meses. No habría sido fácil para el gobierno estadounidense expulsar del país al cónsul de tres países sudamericanos. Esta situación se mantuvo inalterable hasta que la legación hispana protestó por su discurso del 10 de octubre de 1891 en Nueva York y se vio obligado a renunciar a los tres consulados. Pero en enero de 1892 ya había concebido el Partido Revolucionario Cubano. A partir de entonces, no hablaba sólo como el intelectual brillante y revolucionario, cónsul de tres repúblicas sudamericanas: lo hacía como el Delegado, representante de la gran mayoría de los cubanos emigrados en Estados Unidos y eventualmente en Cuba, y otros clubes revolucionarios en centro y Suramérica. Y con esa representación, aprovechando las crecientes contradicciones del presidente Porfirio Díaz con Estados Unidos, viajó a México en 1894, y con él se entrevistó y logró una ayuda pecuniaria importante.

La República en armas de 1895, bajo la orientación de José Martí, priorizó la diplomacia: se nombraron enviados especiales, agentes generales o encargados de

negocios, según el caso, en Chile, Perú, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, Honduras, Brasil, Uruguay, Argentina, Venezuela, México, Costa Rica, El Salvador, Santo Domingo, Haití, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. Pero eso no bastaba. En el momento crucial faltó el prestigio y la autoridad de Martí, ya entonces fallecido, cuyo proyecto preveía su activa gestión personal ante los gobiernos latinoamericanos para el apoyo moral y material a la revolución, y el reconocimiento a sus autoridades revolucionarias.

En 1895 Martí había muerto prematuramente en Dos Ríos en combate frente a España. Se comprende que nunca haya podido aplicar una política exterior de Estado como Bolívar y como nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, a partir de 1959. Pero los principios éticos que animaron su política como un revolucionario en acción son válidos y fueron fuente de inspiración para los revolucionarios cubanos durante la lucha contra la tiranía batistiana. No es casual que Fidel Castro haya afirmado: “Lo que soy y lo que siento se lo debo más que a nadie a Martí. Por él me convertí en revolucionario y su enorme influencia en mí durará hasta el último aliento de mi vida”.<sup>1</sup>

No es posible olvidar que fue José Martí quien proclamó la necesidad de una “segunda revolución en América Latina”, que hoy avanza, pero aún aguarda la acción final de los pueblos, frenada por gobiernos oligárquicos, que al igual que en los tiempos de Martí hacen de la entrega al imperio de los recursos naturales de sus países respectivos un principio permanente de su existencia.

Y así, la revolución en el poder, libre por un instante histórico de la tutela de España y de Estados Unidos, en uso pleno de la soberanía que Martí defendió y por la cual dio su vida, se convirtió, después de la intervención norteamericana en 1898, en una especie de protectorado bajo la enmienda Platt, sólo nominalmente una república. A la que Martí jamás se habría resignado. El resultado fue la frustración de las aspiraciones del pueblo cubano tras una larga teoría de gobiernos entreguistas subordinados a los dictados de Washington, hasta que cerca de sesenta años después la libertad y la independencia entraron a La Habana con Fidel.

Desde entonces, Cuba es dueña de su destino. Atrás quedaron los gobiernos oligárquicos entreguistas de la pseudo-república, que entre 1902 y el día del triunfo revolucionario asolaron al pueblo cubano. Es cierto que se han cometido errores, pero se rectifican. Han sido errores nuestros y no impuestos, como en el pasado, por una

---

<sup>1</sup> Fidel Castro, “Por él me convertí en revolucionario”, en *Juventud Rebelde*, La Habana, 21 de enero de 2000.

potencia extranjera que trabajaba para su exclusivo beneficio. Nuestro pueblo comprende que es necesario continuar la construcción de la sociedad socialista. Hoy más que nunca podemos proclamar la independencia de nuestra política exterior, tanto más heroica y meritoria porque se aplica desde una Isla cercana al imperio más violento, poderoso y perverso del sistema mundial imperialista. Bastaría esta realidad para comprender la importancia de las transformaciones estructurales en la sociedad cubana y la posición de vanguardia que el pueblo de Cuba ha asumido entre los pueblos de Asia, África y América Latina. La Revolución cubana hizo realidad el pensamiento martiano, contenido en su carta final a su amigo mexicano, Manuel Mercado, de que el objetivo de la revolución era “impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.

Con el ejemplo de la ejecutoria revolucionaria de José Martí, que llamaba al Derecho Internacional “general y grandioso”, la política exterior cubana se adhiere a los principios básicos del Derecho Internacional: el respeto a la soberanía, la independencia y la integridad territorial de los Estados; la autodeterminación de los pueblos; la igualdad de los Estados y los pueblos; el rechazo a la injerencia en los asuntos internos de otros Estados; el derecho a la cooperación internacional en beneficio e interés mutuo y equitativo; las relaciones pacíficas entre los Estados, y demás preceptos consagrados en la Carta de las Naciones Unidas. Los pilares centrales de la política exterior cubana son el internacionalismo, el antimperialismo, la solidaridad y la unidad entre los países del Tercer Mundo. En su nombre, miles de jóvenes cubanos dieron sus vidas para preservar la independencia de Angola y liberar a Namibia y Sudáfrica del oprobioso *apartheid*. Más de 40,000 profesionales sólo de los países del Cono Sur Africano se han graduado en universidades cubanas. Brigadas médicas cubanas prestan sus servicios en decenas de países africanos y latinoamericanos, salvando vidas y no sembrando la desolación y la muerte como la alianza imperial que dirige Estados Unidos. Es imposible hallar un solo país del mundo que haya hecho tanto con tan poco, siempre bajo el hostigamiento del imperio estadounidense.

Por todo ello, la política exterior de la Revolución condena toda práctica hegemónica, injerencista y discriminatoria en las relaciones internacionales, así como la amenaza o el uso de la fuerza, la adopción de medidas coercitivas unilaterales, la agresión y cualquier forma de terrorismo, incluyendo el terrorismo de Estado, práctica usual del gobierno de Estados Unidos, así como cualquier tipo de discriminación por razones de raza, credo u opinión. Complace confirmar que en la actualidad Cuba tiene relaciones diplomáticas con más de 180 países. La magnitud de la tarea política

realizada, no sólo en nuestro país, sino entre muchos otros pueblos, no habría sorprendido a Martí que en una ocasión exclamó: “sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento”.<sup>2</sup> En la política exterior de Cuba vibra el pensamiento del Apóstol. Nadie mejor que el Canciller de la Dignidad, Raúl Roa García para explicar, poco antes de su muerte, como se forjó la viril política exterior de la Revolución:

La genuina diplomacia cubana surgió después del 1ro. de enero de 1959. Con el triunfo de la Revolución y el advenimiento al poder de la clase obrera, la política exterior de nuestro país dio un viraje de 180 grados. Cuba se liberó de las ataduras coloniales para convertirse en un Estado efectivamente libre, independiente y soberano. La política exterior del Gobierno Revolucionario la dictan los principios, las necesidades y las aspiraciones del pueblo cubano, de los movimientos de liberación de América Latina, África y Asia [...].

El primer documento en el que se afirmó cabalmente la soberanía de Cuba fue la nota enviada al gobierno norteamericano, con motivo de la promulgación de la Reforma Agraria. En respuesta a la nota norteamericana, el Gobierno Revolucionario reiteró que "es facultad inalienable suya dictar, en el ejercicio de su soberanía y al amparo de tratados, convenciones y pactos de carácter universal, las medidas que juzgue más adecuadas para impeler y asegurar el desarrollo económico, el progreso social y la estabilidad democrática del pueblo cubano..." "En consecuencia -declaraba la nota cubana- el Gobierno Revolucionario se arroga la facultad de decidir lo que estime más acorde con los intereses vitales del pueblo cubano, y no admite, ni admitirá, ninguna indicación o propuesta que tienda a menoscabar, en lo más mínimo, la soberanía y la dignidad nacionales..."

A partir de ese histórico instante, se inicia una nueva etapa en las relaciones cubano-norteamericanas, caracterizada por el tránsito de la actitud hostil a la agresión directa por todos los medios al alcance del imperialismo, incluyendo los más inescrupulosos. Esta etapa comienza con las medidas de represalia económica, prosigue a través de agresiones políticas, como el rompimiento de relaciones diplomáticas y las crecientes coacciones a los gobiernos de América Latina hasta lograr el rompimiento colectivo con Cuba, con excepción de México; se acentúa con los actos de

---

<sup>2</sup> José Martí, *Obras completas*, t. 3, “Cuba Política y revolución III, 1894”.

subversión, terrorismo y espionaje organizados por la Agencia Central de Inteligencia y las provocaciones en la base naval norteamericana de Guantánamo; adquiere nuevo sesgo con la agresión armada de Playa Girón, y culmina con la crisis generada por el gobierno de Estados Unidos en el mes de octubre de 1962, que puso al mundo al borde de una guerra termonuclear. Cuba reafirmó la independencia de su política exterior al formular el Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, Comandante Fidel Castro, sus Cinco Puntos, como condiciones mínimas para la restauración de la paz en la región del Caribe y en el mundo, y la ha seguido y seguirá reafirmando, sin dobleces ni vacilaciones, en todas las circunstancias, acorde con los principios en que se sustenta.<sup>3</sup>

Ciento quince años han transcurrido desde la desaparición de José Martí. Cualquier día es bueno para recordar el enorme sacrificio de su valiosa vida, sin el cual la Revolución Cubana no sería lo que es hoy. Podemos estar seguros que Martí se habría sentido orgulloso hoy de la obra de la Revolución Cubana y de su victoriosa política exterior.

---

<sup>3</sup> Raúl Roa García, octubre de 1968 en: *Notiminrex*, Portal del Ministerio de Relaciones Exteriores, 2010.